

SERMON

SOBRE EL

SESTO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

Lanzada y descendimiento.

Unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua.... Post hæc rogavit Pilatum Joseph ab Arimathæa ut tollere corpus Jesu. Et permisit Pilatus. Venit ergo, et tulit corpus Jesu.

Uno de los soldados abrió su costado con una lanza y en el momento salió de él sangre y agua. Despues José de Arimathea pidió licencia á Pilatos para recoger el cuerpo de Jesus, lo que le concedió. Vino, pues, y bajó el cuerpo de Jesus.

Joan. cap. XIX, v. 34 y 38.

Si considerais, mis señores, lo favorecido que fué en otro tiempo el pueblo de Israel: si os admira la descripción del suntuoso templo fabricado por Salomon por orden expresa del mismo Dios, y observais despues su destruccion y ruina, la decadencia del aquel pueblo, cuyos hijos errantes viven en el mundo sin profetas, altar, templos ni sacerdotes, no podreis menos de esclamar: ¿Dónde están las glorias de Israel? ¿Qué se ha hecho de su templo, ministros, grandeza y dignidad? ¡Ah! Qué horrendo crimen

debe haber cometido Israel, cuando pesan sobre él todas las iras del Eterno. ¿Qué has hecho, sinagoga infeliz? ¿Cuál es tu crimen? ¿Quién ha trocado la predileccion del Eterno en ese ódio que te destruye y esparce por todo el ámbito de la tierra? Dolorosa es tu ceguedad cuando aun no quieres reconocerlo. Un dia tus Padres derramaron la sangre de un cordero para ser libres de la espada del Angel exterminador: pero vosotros derramásteis despues la sangre del immaculado Cordero, á quien por vuestro ódio é infidelidad crucificásteis en un madero. Su sangre, digisteis, caiga sobre nosotros y nuestros hijos (1): ¡terrible maldicion, cuyos funestos efectos estais experimentando!

Sí, cristianos: el divino Nazareno es el término de los sacrificios de la antigua ley, siendo el que ofrece un sacrificio de expiacion y reconciliacion eterna. No correrá ya la sangre de los animales vertida por el sacerdote, porque el mundo ha visto derramarse la deificada sangre de un Dios hombre sobre el mas elevado monte donde termina para siempre la desgracia de los hijos de Adan. Jesucristo en la cruz, como el prometido por los Profetas es la víctima, y el sumo Sacerdote que se ofrece voluntariamente al Padre en medio de los mas crueles tormentos.

Fijamos ayer nuestra vista en el Calvario, se escitó nuestra compasion y las lágrimas vinieron á humedecer nuestras mejillas, cuando elevados nuestros espíritus contemplamos la trágica escena llevada á cabo en aquel sagrado monte. Presenciamos en espíritu la crucifixion del Hombre Dios, y admiramos con los sentimientos de la mas viva compasion la heroicidad

(1) Sanguis ejus super nos, et super filios nosotros. Math. cap. XXVII. versículo 25.

de aquella mujer varonil, que siendo Madre de la divina víctima que pendia de la Cruz, tuvo todo el valor necesario para no apartarse de ella. *Consumatum est*, habia dicho el que se sacrificara por nosotros, é inclinando la cabeza espiró. ¿Creereis, por ventura, que la Santísima Virgen no tendrá ya mas motivo de dolor que la pena consiguiente á la pérdida del Hijo de sus entrañas? Viendo muerto en la Cruz los pérfidos judíos al que era objeto de sus persecuciones é insaciable odio, tal vez juzgareis que hayan tenido término los sarcasmos é insultos, y que María no tendrá que presenciar nuevos ultrajes hechos á la persona del Salvador. ¡Ay, mis hermanos! la sinagoga ha terminado su obra: sus deseos por la muerte del Salvador hánse visto satisfechos, pero aun restan nuevos ultrajes. Uno de los soldados enristrando su lanza abrió con ella el sacratísimo costado del Salvador, saliendo al punto por la herida sangre y agua. Aquella sacratísima humanidad no sintió tan inhumano golpe por estar cadáver, pero la lanza hizo una profundísima herida en el corazón de aquella Madre purísima, cuyos dolores por disposición de la Providencia divina duraron aun mas allá de la muerte de Jesus.

El dolor, pues, que recibió la Santísima Virgen en la lanzada de su Divino Hijo, y la angustia que recibió al tomar en sus brazos el sagrado cadáver, luego que por los piadosos varones fué descendido de la Cruz, es el objeto compasivo que hoy somos llamados á contemplar. ¡Plegue al cielo que compadecidos nosotros de su dolor, y conociendo que nosotros fuimos los deicidas, al menos en cuanto al efecto, procuremos aprovecharnos del fruto de la pasión por una verdadera penitencia. Para poder desenvolver estas ideas, pidamos

el auxilio de la gracia por la intercesion de esta afligidísima reina de los mártires. *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

La naturaleza hizo su duelo en la muerte de Jesucristo: al verificarse esta, el sol ocultó la luz de sus dorados rayos, eclipsáronse los demas astros, chocaron las piedras, dejóse sentir un espantoso terremoto, y muchos muertos salieron de sus sepulcros. Tan claras señales de que la obra de la sinagoga habia sido un sacrilego atentado, infundió miedo y temor al Centurion y los que con él estaban guardando á Jesus, por lo que decian: «Verdaderamente Hijo de Dios era este (1).»

Un silencio profundo habia sucedido á la anterior algazara y gritería: unos tras otros íbanse retirando del Calvario, así los verdugos del Señor satisfechos de su obra, como la multitud de curiosos que habian acudido á presenciar la ejecucion. María que tanto habia sufrido y que se hallaba abrazada al sacrosanto leño, llora inconsolable y no encuentra consuelo, cuando un rumor cercano viene á sacarla del abatimiento en que se encuentra. ¡Son otra vez los judíos! ¿Y qué querrán? diria la Señora. ¡Si vendrán á hacer nuevos ultrajes al cadáver de mi Hijo! ¡Si vendrán á dirigirle nuevos insultos! Estos pensamientos la agitan, y mucho mas cuando observa que dirigiéndose aquellos hombres á los dos ladrones que con su Hijo estaban crucificados, empezaron á quebrarles las piernas. ¡Qué angustia y dolor para la Santísima Virgen el considerar

(1) Vere Filius Dei erat iste. Math. cap. XXVII, v. 54.

si obrarian del mismo modo con su Hijo! Asi piensan hacerlo: pero apenas los ve acercarse recobra fuerzas, da un grito de dolor, y les hace ver á aquellos implacables judíos que su Hijo es ya difunto y asi no es necesario procedan á practicar tal crueldad. De este modo logra que se retiren y que el sagrado cadáver de Jesus no sufra tal injuria. Mas el mar amargo de las tribulaciones de María levanta todavia encrespadas olas: la desecha borrasca de aficciones no ha concluido para la bendita Madre del Salvador de la humanidad. ¡Qué espectáculo es verla en pié al lado de la Cruz, fijos sus ojos en aquel rostro ensangrentado y sin vida! No puede olvidar un instante las burlas é irrisiones que habia recibido: aun resuenan en sus oidos las espantosas carcajadas del populacho bárbaro é insolente; los golpes del martillo resuenan aun en el fondo de su alma. ¡Qué dolor! ¡qué inesplicable pena! En su corazon estaban grabados los clavos y las espinas: por esto dice el Justiniano, que el corazon de esta amante Madre es el claro espejo de la pasion de su Hijo. Y si María no muere con su Hijo á la violencia del dolor, es, dice san Anselmo, por el poder de Dios que la sostiene.

Verdad es que la madre de los Macabeos presencia la muerte de sus hijos; pero no sobrevive á su martirio: pero María que ha sido testigo ocular de los tormentos y muerte de Jesus, le sobrevive, pues que asi está decretado para prolongacion de su cruel martirio. ¿Y no habrá quien consuele á esta aflijidísima Señora? ¿No habrá quien compasivo se acerque á enjugar las amargas lágrimas que vierte? ¡Mas ay! que lejos de mitigarse su pena y su dolor, va aun á recibir nuevo incremento. Uno de los soldados que guarda-

ban el santo cadáver, lanza en ristre acomete al Señor y le abre su costado, del cual sale al punto el último resto de su sangre. ¡Injuria grande aunque insensible para el Salvador! ¡Golpe inhumano y de dolorosísimo efecto para el corazon de su bendita Madre!

«¡Oh llaga del costado precioso, esclama aquí el venerable Granada, hecha mas con el amor de los hombres que con el hierro de la cruel lanza! ¡Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de los peregrinos, nido de las sencillas palomas y lecho florido de la Esposa de Salomon! Dios te salve, llaga del costado precioso que llagas los devotos corazones, herida que hieres las almas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazon de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable... A tí se acojen los tentados, en tí se consuelan los tristes... por tí entran al cielo los pecadores... ¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia y vena de agua viva que salta hasta la vida eterna! Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazon en esa tan deleitable morada; dame por ella paso á las entrañas de tu amor: beba yo de esta dulce fuente; sea yo lavado con esa santa agua y embriagado con ese tan precioso licor.»

María, cuyo dolor ya no podia tener aumento, deseaba que alguna persona piadosa bajase de la Cruz el cuerpo de su Hijo; pero nadie se presentaba á darle este consuelo. Llena de amor estendia sus brazos, dice San Anselmo, y viendo su imposibilidad de desclavar y bajar el santo cadáver, quedaba óprimida de dolor. San Efrén medita su afliccion en este caso y

la hace esclamar con estas tristes espresiones: ¡Oh Cruz santísima y venerable! inclínate á mis manos para que ya pueda coger tu dulce fruto, que fué antes fruto de mis entrañas; inclínate á mis ruegos y suspiros, para que yo practique con mi Hijo los piadosos oficios que debo como Madre. ¿Quién será capaz de pintar con vivos colores la afliccion de la Purísima Virgen, al verse impotente para bajar por sí misma el sagrado cadáver y darle sepultura? Sus ayes y gemidos resuenan por el Calvario.... ¿Y no los oyes nacion deicida, raza de víboras? ¿No habrá quien venga á practicar la obra piadosa de dar sepultura á ese Divino Nazareno? Sus lamentos no son escuchados, y parece que hasta el mismo cielo se conjura para hacer padecer á esta Virgen, cuya vida es un martirio continuado. ¿Por qué no vienen ahora aquellos ángeles que en Belén cantaban sonoros himnos, para bajar á Jesucristo y dar este lenitivo á su Madre? ¿Dónde estan aquellos á quienes con tanta liberalidad socorrió? ¿Dónde estan aquellos discípulos testigos de sus grandes milagros? Pero á que pregunto, cuando el mismo Señor habia dicho que al ser herido el pastor se dispersarian las ovejas (1).

Mas al fin el sagrado cadáver de Jesus vá á recibir decente sepultura. José de Arimathea y Nicodemus, varones piadosos que ninguna parte habian tomado en el proceso ni en la muerte de Jesus, llenos de compasion pidieron licencia á Pilatos para bajar su cuerpo, y como les hubiese sido concedida, se presentaron en el Calvario. María los vé subir á aquella cima, los espera suspensa y en silencio, y los pia-

(1) Percutiam pastorem, et dispergentur oves gregis. Math. capitulo XXVI, v. 31.

dosos varones pidenle su licencia para llevar á efecto el objeto á que allí se presentaban, y la Señora se la otorga. Con este beneplácito empiezan á sacar los clavos con la mayor reverencia, y bajando con sumo cuidado y delicadeza aquel sagrado tesoro, lo colocan en el regazo de su Madre. ¡Qué mezcla de consuelo y de amargura! María se regocija por volver á recibir en sus brazos aquel pedazo de sus entrañas. ¡Pero en qué estado! Mira aquellas manos taladradas con duros clavos, y recuerda vertiendo un torrente de lágrimas aquellos dias para ella felices, en que las levantaba para colmarle de caricias; vé aquellos lábios cárdenos por la muerte, y recuerda cuando se movian para recibir el sustento de sus pechos: contempla aquellos piés cubiertos de sangre congelada, y viénesele á la vista aquella presteza con que antes andaban para buscar al necesitado y socorrerle, al enfermo para darle la salud. ¡Ay, Hijo mio, esclamaria, en que estado te recibe tu madre! Si tú eres la vida del mundo, ¿cómo te veo hecho un cadáver? Si tu rostro es un espejo donde se miran los ángeles, ¿por qué estás tan afeado?

Ved, cristianos, el estado en que se encuentra el que es Omnipotente, el que domina las criaturas todas, el autor de la naturaleza, que sentado en su trono de fuego se pasea por la altura de los cielos contemplando las obras de sus manos; el que tiene pendiente de sus dedos las llaves del infierno y de la muerte; en una palabra, el que muriendo en cuanto hombre es un Dios con el Padre y el Espiritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de personas. ¿Y por quién sino por tí, hombre pecador, se vé el Señor reducido á la muerte? Sí: por nosotros los hombres, por